

Moneda con peso; recesión real: lecciones de la convertibilidad argentina para el Brasil

Andrés Ferrari*

La actual crisis brasileña presenta una paradoja. Por un lado, la misma es entendida por muchas personas — incluyendo a gran parte de los análisis políticos y económicos, tanto argentinos como brasileños — como un problema monetario y cambiario que la Argentina ya superó. O si no, al menos se presenta a la economía brasileña como más débil para afrontar embates especulativos a su moneda respecto a la Argentina. Sin embargo, por el otro lado, existe gran preocupación, para no decir pánico, por los efectos que la ya fuerte desvalorización de la moneda brasileña puede provocar sobre la actividad económica del sector 'real' argentino. Es decir, Argentina tiene la fortaleza monetaria — cambiaria, pero la debilidad de la moneda brasileña podría causar estragos a su actividad económica. En verdad, suena absurdo. Más aún, si se toma en serio que la salida de la crisis de la moneda brasileña sería la adopción de la ya implementada en la Argentina: la convertibilidad, medida 'recomendada' por muchos economistas y políticos argentinos a su pares brasileños, y también propuesta por algunos brasileños, basándose en la experiencia argentina.

El objetivo de este artículo es presentar al lector brasileño un rápido bosquejo de las transformaciones vividas por la economía argentina desde la implementación del Plan de Convertibilidad en abril de 1991. Pero previamente es preciso aclarar que un plan de convertibilidad no es nunca una elección de política económica; es, por el contrario, la sanción de impotencia de tomar políticas económicas. No es la *creación* de un hecho, sino la *sanción* de un hecho: la muerte de la moneda nacional. La ubicación estratégica dentro de un sistema económico otorga a la moneda nacional una importancia esencial para la dirección económica de un país, por encima de cualquier otro factor económico. Esto fue siempre percibido por Keynes, quien tenía presente que una sociedad sin moneda

* Director Académico del Instituto de Estudios Brasileños, Universidad Nacional de General San Martín (UNSAM). Mestre em Economia, UNICAMP.

se desintegraría. Por eso siempre procuró evitar fuertes fluctuaciones en el valor de la moneda — tanto para arriba como para abajo. En esta visión, Keynes se inspiró en una frase atribuida a Lenin de que la mejor manera de destruir el sistema capitalista sería corromper la moneda. Keynes tomó en serio esta observación para evitar justamente esta destrucción. Pero esta frase es válida en términos de países: si se corrompe la moneda, éste se desintegra.

En el caso argentino, la agonía de la moneda nacional fue un proceso lento, luchado e interrumpido. Hubo numerosas marchas y contramarchas que manifestaron que los argentinos procuraron salvar a su moneda. Particularmente, luego de que en los inicios de los 80 numerosas maxidevaluaciones y un proceso inflacionario casi descontrolado parecieron aniquilar la moneda nacional, ésta consiguió recuperarse gracias al gran apoyo popular que recibió el Plan Austral en 1985. Sin embargo, este plan no resistió las presiones que la deuda externa generaba sobre las cuentas públicas y la actividad económica, y prontamente se desdijó para culminar, pero sólo luego de una sinuosa trayectoria, en una hiperinflación abierta en 1989. Posteriormente, al contrario de lo que muchos creen, la moneda argentino continuó sobreviviendo, aunque en un estado muy delicado. Recién en abril de 1991, y luego de dos nuevas hiperinflaciones, se sancionó la Ley de Convertibilidad.

Es decir, sólo cuando la moneda nacional desaparece una convertibilidad es viable. Nuevamente: la convertibilidad sanciona un hecho económico — social, pero no lo genera. Desaparición de la moneda nacional significa que ésta ya no es capaz de cumplir la funciones de una moneda: referenciar las riquezas privadas acumuladas y los precios, y servir para el intercambio de bienes y servicios. Un largo y creciente proceso inflacionario genera una extrema variabilidad de la moneda nacional, por lo que la gente termina procurando otra moneda para que cumpla, ya sea las primeras dos de esas funciones (convertibilidad), o directamente las tres ('dolarización'). Si una moneda sobrevive en un régimen de convertibilidad es sólo una moneda *formal*.

En este momento, Brasil debe decidir si efectivamente su moneda ha llegado al punto desintegración, y precisa ser, por lo tanto, reemplazada por otra. Quizás la experiencia argentina pueda ayudar a evaluar las ventajas y desventajas de efectuar un reemplazo.

Al observar la situación de la economía argentina actualmente con la de 1991, lo primero que surge, casi instintivamente, es comparar los niveles de inflación. El contraste es tan extremo que parece casi absurdo: hiperinflación contra deflación. Pero, en realidad, esto dice muy poco. La hiperinflación dice la desaparición de la moneda nacional, la convertibilidad lo confirma; entonces, cómo podría haber inflación sin haber moneda nacional? La convertibilidad es el

expediente por el cual se establece que la cantidad de moneda nacional va a ser igual a la cantidad de moneda extranjera (i.e. dólares) en poder del país. Por lo tanto, la tasa de inflación va a depender de la cantidad de dólares que ingresen, y cómo se utilizan. Pero esto ya no es una cuestión 'monetaria', si no de performance económica. Un país A no puede emitir la moneda de un otro país B, ni tampoco un país B 'entrega' moneda propia a un otro país A. El incremento de dólares pasa depender de los vínculos económicos entre ambos países; qué interés las personas del exterior tienen para utilizar sus dólares aquí.

En el caso argentino, por ejemplo, durante los primeros años del Plan de Convertibilidad hubo varios motivos que llevaron a que ingrese una gran cantidad de dólares y esto generó una tasa de inflación, en principio, absurdamente baja para la Argentina. No obstante, se verá, bajo los patrones económicos de los 90, el nivel de inflación precisa analizarse de otra manera para que tenga sentido. Pero una de las razones que impulsó la entrada de capitales fue la política de privatizaciones; es decir, la venta de las empresas y demás bienes pertenecientes al sector público. Ésta política tendió a agotarse a mediados de 1994; la mayor parte de los bienes públicos ya habían sido vendidos. También aumentó la cantidad de dólares en la economía argentina porque se permitieron los depósitos en esa moneda en el sistema financiero doméstico. Esto hizo que muchos residentes 'sacara sus dólares debajo del colchón' y los ingrese al circuito económico. Además, incentivó a agentes del exterior a depositar dólares a corto plazo para aprovechar un nivel de la tasa de interés superior al de otros países.

Sin embargo, para la experiencia argentina, la tasa de interés doméstica era muy inferior a lo habitual. Esto posibilitó que la economía, ya teniendo por la convertibilidad una moneda nueva que referencie los precios, reinicie su actividad productiva, y aumente su niveles de consumo (rápidamente y gracias al surgimiento de las compras a crédito) y de inversión (más lentamente). Por otro lado, el sector público mejoró sus cuentas por reducción de gastos (debido a las privatizaciones) y aumento de impuestos. Este fue el momento del 'milagro'.

Pero en marcha, aunque subrepticamente, estaban los efectos de otra medida económica implementada: la apertura comercial. En la Argentina se implementó con vehemencia y rapidez. La apertura comercial implicó que muchas empresas nacionales se encontraran de golpe compitiendo con bienes externos más baratos y de mejor calidad. Por eso debieron cerrar. La larga historia inflacionaria argentina derivó en que a la inflación se la vincule con altos aumentos de precios. Esto tiene el problema de esconder el hecho de que los precios son colocados y remarcados por personas con el objetivo de obtener una ganancia. Esta ganancia solo se confirma cuando la remarcación del precio propio es

superior a la del precio ajeno. No es el nivel absoluto de un precio el que genera ganancia, sino el relativo a los demás precios. La inflación acumulada desde la Convertibilidad fue 60%; cifra irrisoria para la Argentina. Pero la variación de precios relativos, fuertísima. Esto tiene que ver más con la apertura de la economía que con la convertibilidad. Por ella, algunos bienes bajaron de precio, mientras otros subieron.

De esta manera, la apertura se vincula con otra diferencia marcante en la economía argentina claramente percible entre 1991 y la actualidad: la creciente desigualdad en la distribución de la riqueza. En cierta manera; la posibilidad de adquirir bienes mejores y más baratos es una de las pocas promesas de los reformadores pro — mercado que se cumplió. Pero para mucha gente no fue mucho el beneficio, ya que, al tener que cerrar muchas empresas nacionales, se quedaron sin trabajo; sin ingreso para poder comprar esos bienes. Por eso es que los precios baratos de los mejores bienes externos vinieron acompañados por un fuerte aumento en la tasa de desempleo, y luego, como es de esperar, por un fuerte deterioro en los indicadores sociales. Por eso es importante distinguir a la propia convertibilidad de la apertura. La convertibilidad, al generar una fuerte restricción en la cantidad de dinero en circulación y elevar la tasa de interés, puede 'detener' la inflación. Pero, en sí misma, no puede producir semejante efecto desigual sobre el nivel de vida las personas. Un sistema de convertibilidad no implica una distribución de la riqueza. Eso fue producto la apertura comercial, que se constituye en un mecanismo discriminador entre quienes pueden continuar aumentando sus precios y quienes no podían o quienes directamente tenían que abandonar su actividad económica. Por eso la inflación fue baja en términos absolutos, pero altísima en términos relativos. Detrás de los precios que subieron están los 'ganadores' del período; detrás de los precios que bajaron, los 'perdedores'. La eficiencia tuvo escaso papel definidor.

La crisis del tequila en diciembre de 1995 fue un claro divisor del Plan de Convertibilidad: a partir de ahí la entrada de dólares menguó fuertemente, y la actividad interna también; el desempleo se duplicó. La demanda interna dejó de ser un factor de impulso de la actividad interna. Abaratar el crédito implica que aumente la cantidad de dinero, y eso pasó a depender de aumentar el saldo comercial o de aumentar la tasa de interés para que ingrese dinero del exterior. Cómo en dólares los precios internos son altos en relación al mercado internacional, muchas empresas no pueden competir externamente; y muchas quiebran por el elevado costo del crédito. 'Aumentar la competitividad' pasa a depender de bajar los costos internos. Es decir en que disminuya el nivel de precios internos para que los productos internos sean más baratos y se pueden vender en el exterior. Pero al no haber moneda nacional, los precios tienen que bajar en

términos de dólares. Si hubiese moneda nacional, la fórmula más fácil para disminuir los precios en dólares sería una devaluación. Pero al no haberla, los precios en dólares tienen que bajar por el mecanismo de mercado. Esto implica recesión necesariamente. Particularmente, implica alto desempleo porque el precio principal que debe disminuir es el salario. Por esto mismo es que se impulsan medidas de 'flexibilización laboral' que significan un deterioro en la seguridad social del trabajador y en su protección laboral. Esto llevó al surgimiento de otro efecto negativo sobre mucha gente que mantuvo su empleo: el fuerte aumento de la precarización de su nivel de vida.

Las cuentas públicas, que al inicio habían mejoraron, luego entraron en problemas. La estructura tributaria se había reformulado para basarse principalmente en el impuesto al consumo. La recesión y el alto desempleo, obviamente, hacen que el nivel de consumo disminuya; también la concentración de la riqueza, porque una persona acaudalada consume una parte inferior de su ingreso, en términos relativos, a una de escasos recursos. Esto hizo que disminuya la recaudación tributaria. Además, la convertibilidad anula directamente el mecanismo de financiamiento más barato que tiene un estado: emitir. Es equivocada la noción simplista de que 'emitir genera inflación'. Toda economía precisa de una cierta cantidad de dinero para funcionar; sino habría una economía de trueque. Esa cantidad de dinero no tiene por qué generar inflación; y como quien emite es el Estado, lo hace financiando sus gastos. Esto, que se llama *señoraje* (hay que introducir esta palabra en la gente), se anula totalmente en un régimen de convertibilidad, por lo que el estado, debe o reducir su nivel de gasto o aumentar la presión tributaria. Cualquiera de estas alternativas afecta negativamente el nivel de actividad económica interna. En realidad, los beneficios del señoraje pasan del estado nacional al estado del país que sirve de base de la convertibilidad. Sólo hay que comparar el nivel del déficit fiscal de los Estados Unidos con su tasa de inflación para confirmar que esto es así.

Por otro lado, existe una consecuencia del régimen de convertibilidad que también 'opera' subrepticamente: la creciente desnacionalización del país. Esto es un hecho curiosamente poco mencionado. Al establecerse, con la convertibilidad, el nivel $1 = 1$ entre la moneda nacional y el dólar, obviamente el tipo de cambio está 'sobreevaluado'. Qué la moneda nacional tenga el mismo valor que el dólar, implica que el poderío económico entre ambos países es el mismo; esto claramente no es así. Por lo tanto, la moneda nacional vale menos. Pero el tipo de cambio no puede ser otro porque la moneda de referencia es el dólar; uno más bajo no traería estabilidad si no 'una corrida al dólar'. La sobrevaluación, la extraña y errónea sensación de tener una 'moneda con peso', hace que los bienes externos sean baratos; por eso es que al principio se veri-

fica un fuerte déficit comercial. En gran medida, los dólares que ingresaron por venta de activos públicos se fueron rápidamente en la compra de importaciones. Al no haber ya qué vender, los dólares dejaron de entrar, las importaciones cayeron fuertemente, pero las empresas nacionales ya habían quebrado. Además, la sobrevaluación inicial se agravó, por un lado, por la inflación desde la convertibilidad, que fue muy superior a la de EEUU — que hace más caros vender bienes internos afuera —, y, por otro, porque esa es economía más productiva. Mayor productividad implica poder vender más bienes a precios más baratos.

Muchos analistas han observado esta evolución del tipo de cambio desde la convertibilidad, percibiendo que el mismo está sobrevaluado. Pero, si bien fue ampliamente aceptado este hecho, el análisis corría por el lado de si una devaluación llegaría a ser necesaria. Hoy, ocho después de la Ley de Convertibilidad, queda claro que ese camino de análisis no tiene sentido; si la convertibilidad sanciona la desaparición de la moneda nacional, cómo podría haber una devaluación? Qué habría para devaluar? Una devaluación implicaría algún cambio extraordinario y radical en toda la sociedad; no puede ser una medida económica. Pero la imposibilidad de devaluar no evita de que haya habido un ajuste por causa la sobrevalorización del tipo de cambio. Sólo que, como todo en la convertibilidad, al no haber moneda nacional, el mismo no puede ser 'monetario' sino 'real'. Este ajuste es la creciente y continua venta de todo tipo de activos reales de la economía nacional. Al obvio proceso de privatizaciones, se agrega la venta de empresas y bancos nacionales, shoppings, edificios, y lo más simbólico de la riqueza argentina: la pampa húmeda.

Hoy quienes toman las medidas económicas fundamentales para el futuro de los argentinos, no viven en la Argentina, ni tienen otro vínculo que ese. El sistema político, que se confronta con la economía a través de la legislación, tiene escasos elementos para responder a las demandas de la gente afectada. A esto se suma la situación en muchas provincias sin actividad económica competitiva internacional, que las 'hace inviables'. Sistemáticamente, docentes, jubilados, médicos públicos, trabajadores desocupados, manifiestan su malestar. Pero la falta de instrumentos económicos hace difícil responder a esas demandas. El sistema político pierde legitimidad, y pasa a ser ocupado por arribistas e inescrupulosos. La corrupción, que también llega a afectar al poder judicial, y el descrédito se incrementan vertiginosamente. La marginalidad, la delincuencia, y, ahora, la xenofobia — antes escasamente observados en la Argentina —, pasan a ser cuestiones cotidianas.

Pero este cuadro se verificó en un contexto *favorecido*. Favorecido por el Plan Real de julio de 1994. Cuando se desató la crisis del tequila en diciembre de 1994, y los capitales se fueron de la Argentina, la economía argentina se

encontró, inesperadamente, con un mercado para exportar: Brasil. Si bien Brasil no adoptó un régimen de convertibilidad, si tomó el simultáneo camino de tener su 'moneda con peso' equiparándola con el dólar, privatizaciones y apertura comercial. Como la Argentina en 1991, esto colocó al Brasil, si bien en menor intensidad, en un importador de bienes incentivado por el ingreso de capitales. Argentina se encontró con un mercado, un *único* mercado, con nivel de precios en dólares superior al suyo. Esta crisis, esta devaluación del real, modifica esta relación completamente. Ahora, los precios en dólares en Brasil son mucho más baratos que los argentinos; la Argentina se transforma en un mercado para Brasil. La Argentina se queda sin mercados, pero su moneda aún tiene peso; es fuerte.

Curiosamente, en Argentina, los defensores de las virtudes del mercado exigen protección interna a la actividad económica tanto al gobierno nacional como al brasileño *por razones políticas*. Se implementó una serie de reformas en base a la glorificación del mercado, y luego de sus efectos se recurre a la política; esta despreciada por las disputas comerciales en el proceso de integración. Nada más simbólico de esta contradicción que la declaración del Presidente Menem de exigir medidas de protección al Brasil y proponer 'la dolarización de América Latina'. Es interesante ver qué sucedería si se dolarizase Latinoamérica. Un primer paso es ver qué sucedería en nuestros países si Brasil adoptase la convertibilidad.

Porque la situación de Brasil es crítica. Brasil no consiguió 'devaluar', sino que su moneda nacional está llegando al punto de desaparecer, o de sólo subsistir *formalmente*. Como el peso argentino en 1991. Por eso que en Brasil se habla de implementar una convertibilidad. Si se hiciese, al principio la Argentina no se vería perjudicada. Los precios en dólares en Brasil volverían a incrementarse. La entrada de capitales por privatizaciones, adquisiciones externas de activos reales brasileños, por los recursos de los organismos internacionales para reformar el Estado, y la entrada de capitales de corto plazo por las más altas tasas de interés estimularían la demanda interna brasileña. La convertibilidad y la apertura comercial mantendrá baja su inflación absoluta, pero no relativa. Será un nuevo 'milagre'.

Pero luego, cuando deje de entrar dinero, las empresas brasileñas que no puedan competir con las importaciones cerrarán, el desempleo aumentará junto a la desigualdad de la riqueza, el crédito se hará caro. La situación social de mucha gente empeorará. Vendrá el momento de reducir los precios en dólares internamente por el único camino viable: la recesión real. Las empresas brasileñas se venderán a agentes externos. El futuro de los brasileños también estará en manos de gente sólo vinculada a su país por razones económicas. Delincuencia,

marginalidad, pobreza, xenofobia marcarán la sociedad brasileña. Habrá estados 'inviabiles', corrupción, descrédito en las instituciones y en el sistema político. Desintegración social.

La Argentina ante este nuevo cuadro económico brasileño perderá nuevamente este mercado. Ahora no por una diferencia de precios en dólares entre ambos países, sino por falta de demanda debido a la recesión brasileña. Brasil tampoco tendrá la posibilidad de vender a la Argentina porque los precios en dólares tenderán a equipararse, y tampoco aquí habrá mucha demanda. Ambos países, que podrían haberse ayudado integrándose fuertemente política, social y económicamente, se habrán liquidado uno al otro. Sería una situación similar a cuando surgió el efecto tequila, aunque en ritmo más lento. Pero con una gran diferencia: no habrá para ninguno un mercado cercano con 'moneda de mayor peso' que las nuestras, como sucedió para Argentina gracias al real en 1994. Los instrumentos para definir nuestros futuros serán muy escasos. Tampoco habrá un socio político ni económico. Algunas llaman esto las ventajas de la globalización; pero sólo se estará confirmando aquella frase de Lenin que Keynes tenía siempre en mente: una sociedad con moneda corrompida se desintegra. Y también una observación más actual alguna vez manifestada por Quino: nuestros países dejarán de serlo para transformarse en simples 'territorios comerciales'.